

no menos elegantes que sentidos; pero donde el poeta muestra más vigor de inspiración es, sin duda, en las composiciones amorosas á Elvira. Todo buen poeta lírico es íntimo y subjetivo, y Romea lo es en extremo, cuando canta sus amores. El crítico siente cierto prurito de hablar de tales amores que tan lindos versos inspiran, pero todavía no es prudente ni lícito hablar de ellos, por el poco tiempo transcurrido desde que pasaron. Sólo indicaremos aquí que, si hubo en dichos amores algo de pecaminoso, en los versos que de los amores nacen, aparece un conflicto que de los amores nacen, aparece un conflicto punto menos que irresoluble entre la moral y la estética.

La moda romántica y el espíritu religioso de Romea, que le mueven á buscar en lo sobrenatural cristiano comparaciones é imágenes para encarecer y ponderar los hechizos, la ternura y la belleza de su enamorada, así como el deleite sublime que todo ello le causa, tienen un no sé qué de sacrilego, que difícilmente puede perdonarse, sin que nuestra conciencia quede escrupulosa.

Como quiera que ello sea, nadie negará que los versos de D. Julián están llenos de pasión, son primorosos y atildadísimos, y aunque pequeños por lo que dejo dicho, es menester conservarlos, divulgarlos y celebrarlos, como decían antiguos censores eclesiásticos, *propter elegantiam sermonis*.

Yo confieso, además, que soy, y no puedo menos de ser, muy indulgente en este punto. Gran

pecador en él cuando mozo, no quiero que se me acuse de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Llenos están de impiedades semejantes ó mayores, pongamos por caso, mis versos á Gláfira. En justo castigo de tamaña perversidad, no extraño yo, ni me quejo de que casi nadie los lea, ni menos los celebre; mas no por eso quiero que los versos de Romea sean castigados del mismo modo.

---

**Don Aureliano Fernández Guerra y Orbe** nació en Granada el día 16 de Junio de 1816. Murió en Madrid el día 7 de Septiembre de 1894.

Don José, padre de D. Aureliano, hábil y asiduo cultivador de las letras patrias, alcanzó merecida fama escribiendo una historia crítica de nuestro teatro, y arreglando para la escena moderna varias comedias antiguas.

Con menos resonancia que Gallardo, Gayangos y Estébanez Calderón, por haber pasado casi toda su vida en una ciudad de provincia, D. José contribuyó como ellos á conservar encendido el fuego de la inspiración castiza y el gusto poético de la España de los siglos XVI y XVII, resistiendo la avenida de nuevas ideas, modas y preceptos que sucesivamente iban llegando de Francia.

Don José transmitió á sus hijos D. Aureliano y D. Luis, su amor á la poesía, su laboriosidad erudita y su afición á lo castizo.

Brillantes pruebas de poseer tales prendas, dió don Luis, hijo segundo de D. José, así en varias ingeniosas composiciones líricas y dramáticas, como en obras de investigación y de crítica. Las más notables entre estas últimas son, el estudio y la vida de D. Agustín Moreto, con que ilustró las comedias de dicho autor, publicadas en un tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra, y su más extenso y magistral trabajo sobre D. Juan Ruiz de Alarcón, trabajo premiado por la Real Academia Española en 1871, y que no pudo menos de influir, un año después, en 1872, en abrirle las puertas de dicha Real Academia.

El admirable libro sobre Alarcón, á que nos referimos, bien puede decirse que sirvió de estímulo y modelo para que en el mismo género se escribiesen más tarde no pocos otros, donde con motivo ó con pretexto de contar la vida de un poeta, de un literato ó de un sabio, y de juzgar sus obras, se reconstruye la historia íntima y se pintan la sociedad, usos y costumbres de una época determinada. Difícil es adelantarse en esto y vencer á D. Luis Fernández Guerra, que traza cuadro tan completo y tan rico de color, de animación y de verdad, así de la España de entonces, como también del florecimiento, esplendor y cultura que España había logrado trasplantar á su gran colonia de Méjico. Pero si prescindimos de hacer comparaciones y sólo atendemos al mérito absoluto, justo es alabar también los libros que siguiendo las huellas de D. Luis Fernández Guerra, se han escrito después y entre

los que sobresalen los de D. Emilio Cotarelo, sobre D. Ramón de la Cruz, y D. Tomás de Iriarte, el de D. José R. Carracido sobre el Padre Acosta; el de D. José Jordán de Urries, sobre Jáuregui, y el de D. Francisco Rodríguez Marín, sobre Barahona de Soto.

La mencionada Real Academia Española escita á escribir tales libros ofreciendo y dando premios, y no puede negarse que tales libros son útiles á par que amenos, cuando el primor del estilo les presta valer y gracia, sin que nos atrevamos á censurar de minuciosos y de prolijos á sus autores. Cuando se escriben y se leen con deleite largas novelas, cuyo único interés consiste en saber si se casan ó si mueren de mala muerte los personajes insignificantes que el autor crea, lícito y aun plausible es escribir detenidamente sobre la existencia de los grandes ingenios y sobre el medio social en que vivieron. En mi sentir, con todo, conviene evitar el abuso de la prolijidad, recordando lo sobrios y concisos que fueron en sus historias los antiguos autores.

Cuando Plutarco, pongamos por caso, cuenta todo lo que hizo Alejandro ó Cesar en menos palabras que las que emplea cualquiera de estos biógrafos modernos en explicarnos por qué tal ó cual sainete ó entremés fué aplaudido ó silbado, el espíritu humano se compunge y hasta se aterra, abrumado por el peso de tamañas reconditeces y particularidades. ¿Quién á no ser un monstruo de entendimiento y de memoria, podrá jactarse de ser erudito si esto sigue? ¿Cómo

saber siquiera la milésima parte de tantas cosas? Movidos á la vez por la pereza y por la envidia, desesperados de no poder saber lo que otros saben ¿no se atreverán muchos á desear que resucite el califa Omar, si no como fué como se supone que fué y pegue fuego á las bibliotecas y también á los archivos?

Pero, prescindiendo de estas ideas y sentimientos contradictorios que á veces me asaltan, repito que el libro de D. Luis sobre el autor de *La verdad sospechosa*, es un dechado de erudición y de ingenio. Pruebas no menos claras de poseer tan excelentes cualidades dió D. Aureliano en todas sus obras, señalándose más que en ninguna en la edición de las de Quevedo de la Biblioteca de Rivadeneira, edición ilustrada con una excelente vida del gran poeta satirico y con preciosas notas. Con este trabajo se ha allanado el camino para que sea Quevedo conocido y estimado en Francia, y para que Ernesto Merimee escriba sobre él un discreto é interesante libro, y también con este trabajo se ha hecho más fácil la empresa de publicar como se está publicando en Sevilla una edición magnífica de todo lo escrito por el autor de *El gran tacaño*, de la *Política de Dios* y de *La visita de los chistes*.

Don Aureliano Fernández Guerra, adquirió y desplegó raro saber y diligencia indagadora en otras muchas empresas.

Fué doctísimo en epigrafía, en antigüedades y en el conocimiento geográfico de nuestra península en tiempo de la dominación romana.

La erudición, en vez de abrumarle con su peso, prestaba á su imaginación alas y vigorosa inventiva. Nada más ingenioso, por ejemplo, que el modo con que D. Aureliano reconstruye ó resucita, digámoslo así, la personalidad del Bachiller Francisco de la Torre, de cuya existencia se dudaba, atribuyéndose á Quevedo sus versos. Desentrañando su sentido con rara sutileza y poderosa fantasía, revive el Bachiller á nuestros ojos que le contemplan y le siguen en sus lances de amor y fortuna.

En otras ocasiones, tal vez movido por su caballerosa lealtad y por su patriotismo, D. Aureliano va demasiado lejos en sus afirmaciones ó en sus negaciones. No digo yo que debamos tener por cierto todo cuanto nos cuenta el Abate de Saint-Real en su *Conjuración de Venecia*, donde se propuso imitar y hasta eclipsar á Salustio; ¿pero está bien que neguemos por eso que el Duque de Osuna, el Marqués de Bedmar y Quevedo confidente de ambos, influyesen ó interviesen en la conjuración mencionada?

Enigma histórico es este que no nos toca dilucidar ni que hasta el día ha aclarado nadie con pruebas fehacientes.

En otros puntos la fantasía de D. Aureliano, apoyándose en la erudición, llega á dar por ciertas cosas harto difíciles de creer, cosas que redundan, á mi ver, en perjuicio de la persona á quien intenta ensalsar el que las imagina ó las inventa. Así, por ejemplo, D. Aureliano se empeña en descubrir en *El Quijote* multitud de alu-

siones satíricas contra ilustres magnates de la corte de Felipe III. Si la imaginación acalorada de *El Caballero de la triste figura* convirtió dos manadas de carneros y ovejas en los ejércitos del Emperador Alifanfaron de Trapobana y de Pentapolin Garamanta, no fué menor el esfuerzo de la imaginación de D. Aureliano para convertir á Micocolembó, á Brandabarbarán y á los demás seres fantásticos creados por Don Quijote en históricos y reales personajes de los que vivieron en España cuando Cervantes escribía. Como yo me atreví, no á negar, sino á poner en duda que tales personajes bajo aquellos fingidos nombres se ocultaran, D. Aureliano, á pesar de lo bondadoso que era y de lo mucho que me quería, se enojó contra mí. Resentido estuvo de que yo dijese, y arrepentido yo de haber dicho, repitiendo las palabras de Sancho: «señor, encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto, á lo menos yo no los veo, quizás todo debe de ser encantamiento».

Yo confieso, que hice muy mal en lastimar con chiste tan irrespetuoso á un varón tan sabio, tan candoroso y tan bueno, y á quien debía favores y constante y fina amistad desde los primeros años de mi vida. Magnánimamente se vengó él de mí, elogiando mi discurso sobre *El Quijote*, si bien con delicada ironía por lo excesivo del elogio, y recordando á la vez el pequeño agravio que yo le había hecho, con lo cual no pudo menos de avergonzarme.

Esta lección de generosidad y cortesía que me dió D. Aureliano, está al principio de su eruditísimo discurso sobre el fuero de Avilés, dechado de crítica histórica, donde luce el autor su profundo conocimiento de la España de la Edad Media.

No menos estimables son también otras obras históricas de D. Aureliano, como *El Libro de Santoña* y *Caída del imperio visigótico*.

Como poeta dramático, es igualmente don Aureliano digno de alabanza. Compuso para el teatro *La Peña de los enamorados*, *Alonso Cano* y *La hija de Cervantes*, y en colaboración con don Manuel Tamayo y Baus, el interesante drama *La rica hembra*.

Como poeta lírico, por último, se hizo estimar y aplaudir de los entendidos, por el apasionado y castizo romanticismo de sus poesías amorosas de las que es gallarda muestra la que dedica á Higiara y que insertamos en esta obra.

Sin duda el constante y entrañable afecto que esta Higiara, envuelta para mí en el velo del misterio, hubo de inspirar al poeta, permaneciendo para él inasequible, sólo Dios sabe por qué motivos, le indujo también á permanecer toda su vida en muy ejemplar celibato.

D. Aureliano tuvo y desempeñó algunos empleos públicos en consonancia con sus aficiones y conocimientos literarios.

Perteneció á las Reales Academias Española y de la Historia y fué dignísimo bibliotecario de la primera.

Aunque granadino, siempre le tuve yo y me tuvo él por más íntimo y cercano compatriota. Poco más de un cuarto de legua dista del lugar en que tiene mi familia su corta hacienda, el lugar en que su familia tiene la suya. Y mil veces, yendo yo á pie y de paseo hasta Zuheros, me he complacido en ver el olivar y el majuelo de los Fernández Guerra, adornando con su frondosa verdura la falda del cerro en cuya cumbre está la población y el enriscado castillo.

---

**Don Leopoldo Augusto de Cueto**, *Marqués de Valmar*, nació en Cartagena el día 16 de Julio de 1815. Era hijo de un distinguido militar y hermano de la discreta é ilustrada dama que casó con D. Ángel de Saavedra y fué más tarde Duquesa de Rivas.

Después de haber estudiado leyes y graduándose de licenciado, entró en la carrera diplomática en el año de 1833.

Pasando sucesivamente por todos los grados de esta carrera, estuvo, como Agregado y Secretario, en París, en El Haya y en Lisboa. Y como Jefe de Legación en Atenas, Copenhague, Washington y Viena.

Siendo D. Pedro Pidal Ministro de Estado en 1857, Cueto fué Subsecretario de aquel Ministerio.

En todos sus cargos diplomáticos dió muy lucidas muestras de su saber, habilidad y pruden-

cia. Señalóse sobre todo en los Estados Unidos, donde supo defender los derechos y los intereses de España contra las exageradas y hasta ofensivas pretensiones y reclamaciones de aquella gran República. Fué allí su mayor triunfo el lograr que no cediese débilmente nuestro Gobierno á la limitación que se le quería imponer, dentro de la zona jurisdiccional para impedir el contrabando en Cuba, al derecho de detener y visitar embarcaciones que pudieran traer y que á menudo traían á la mencionada isla armas y filibusteros.

Cueto intervino poco en la política interior de nuestro país, aunque fué varias veces Diputado, y por último hasta el fin de su vida, Senador elegido por la Real Academia Española.

Esta Real Academia le recibió y contó en 1858 entre sus individuos de número, dándole el sillón vacante por muerte de D. Manuel José Quintana.

Como poeta lírico, Cueto es estimable por la corrección y elegancia de su estilo, y por el espiritual refinamiento de sus ideas y hasta de las impresiones que causan en su alma el Universo visible y singularmente la hermosura de la mujer, que es lo más excelente y apetecible que en el Universo para nosotros aparece. Cueto, en suma, ha escrito versos primorosos, agradables de leer y muy propios de hombre tan culto, fino y galante como él era siempre, unido todo ello á la vaga y soñadora religiosidad que se manifiesta en la composición que en esta obra insertamos.

Como prosista, crítico y erudito, merece Cueto harto mayores elogios que como poeta. Su claro entendimiento y su sereno juicio, apoyados en el estudio y en la paciente laboriosidad para la investigación, han producido obras muy estimables. Á mi ver es la mejor de todas su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, donde se da idea exacta y bastante completa del movimiento intelectual de España en el mencionado período y en lo tocante á bellas letras.

Es asimismo muy de estimar su trabajo sobre *Las Cantigas* del Rey D. Alfonso el Sabio, obra de extraordinario valor que había permanecido inédita desde que se escribió, hace ya mucho más de seis siglos, hasta que la Real Academia Española hizo de ella una lujosa y elegante edición en 1889. *Las Cantigas* están escritas en el antiguo idioma gallego, que, cultivado después esmeradamente, dió origen al en que escribieron más tarde Camoens, Fray Luis de Sousa y Herculano. Puede afirmarse que son *Las Cantigas* el primer documento de alguna extensión é importancia escrito en lengua portuguesa: anterior al Cancionero del Rey D. Dionis y á los demás Cancioneros.

Trovadorescos son los versos de *Las Cantigas*, así porque la poesía provenzal influyó en la gallega, como porque el Rey Sabio se declaró entusiasta trovador de Santa María y cantó sus loores. Y los cantó ya en himnos ó poesías puramente líricas, ya en narraciones de los mila-

gros que hizo la Madre de Dios en favor de sus devotos.

Las cantigas llegan á cuatrocientas. De cada diez, nueve suelen ser narrativas y lirica la décima. Las historias contadas, unas pasan en España, otras en diversas regiones del mundo. Algunas de estas historias son las mismas que refiere Gonzalo Berceo. No pocas reaparecen más tarde en nuestra literatura. Así por ejemplo la de Margarita la tornera, que Zorrilla hizo tan popular recientemente.

Sobre el fundamento de tales historias, sobre los más antiguos libros en que están consignadas y sobre el medio y el camino por donde fueron importadas en España, recogiéndolas el Rey de Castilla y poniéndolas en verso él y los demás trovadores que probablemente le ayudaron, despliega el Sr. Cueto mucho saber y paciente diligencia. Tanto en la Introducción cuanto en el glosario y demás estudios con que ilustró *Las Cantigas*, el Sr. Cueto merece las mayores alabanzas. En tributárselas me complazco yo con efusión verdadera, aunque no he de negar que tuve contra él cierta fundada quejilla. Muchos años antes de que *Las Cantigas* se imprimiesen y publicasen, escribí yo una no muy breve noticia de ellas en Discurso leído en una junta de la Real Academia Española, á la que asistió el Emperador del Brasil D. Pedro II. Mi discurso creo yo que da idea exacta de lo que son *Las Cantigas*, cuenta en resumen sus más bonitas historias y trata de su procedencia. Claro

está, que todo ello harto ligeramente, así por que no pude ni debí entonces pecar de prolijo, como porque nunca fui yo muy apto para determinadas investigaciones y afanoso examen de códices y libros raros. Me inclino no obstante á creer que no mereció mi estudio el desdén ó el completo olvido con que le trató el Sr. Cueto. Yo, á pesar de todo, reconozco y aplaudo el gran mérito de su trabajo. Lo único que me aflige es que la Academia, por no ser bastante rica y por no contar con generosos bibliófilos que la auxiliasen, se limitara á publicar los versos de *Las Cantigas* y no la música con que se cantaban, ni una buena reproducción de las preciosas miniaturas que el rico Códice de El Escorial contiene y que hacen de él monumento espléndido de las letras, de las artes y de toda la cultura de Castilla en el siglo XIII.

El Sr. Cueto, que había viajado mucho y era un verdadero cosmopolita, escribía en francés tan correcta y elegantemente como en castellano. De ello dan testimonio sus artículos sobre el *Cancionero* de Baena, y sobre la *Virginia* de D. Manuel Tamayo y Baus, insertos en la parisiense *Revista de Ambos Mundos*.

Fué por último Cueto discretísimo conocedor y aficionado de las artes del dibujo, mostrándolo en la adquisición que hizo para España del bello Mercurio de Thorwaldsen que admiramos en el Museo de Madrid, y también en la restauración de su casa ó quinta de Deva, que hubo de pertenecer quizás á Mateo Vázquez, y que es una

linda joya artística por sus artesonados y por sus demás primorosas esculturas en roble.

El Sr. D. Leopoldo Augusto de Cueto murió en Madrid, de edad muy avanzada, el día 20 de Enero de 1901.

---

**Don Pedro de Madrazo** pertenece á una ilustre familia, honra de las bellas artes españolas. Su padre, D. José, fué un notable y muy celebrado pintor, pero se le adelantaron en fama y en merecimiento su hijo D. Federico y su nieto D. Raimundo. Cecilia, hermana de este último y como él hija de D. Federico, acrecentó la gloria artística de la familia por su enlace con Fortuny, el pintor más grande y más original que en España hemos tenido desde la muerte de Goya.

Nació D. Pedro en Roma el día 11 de Octubre de 1816, pero pronto vino á España con su padre, y en España, impulsado sin duda por su natural inclinación y mayor aptitud, recibió una esmerada educación, más literaria que artística. Su afición y sus conocimientos en las artes, aunque más teóricos que prácticos, fueron con todo muy notables, manifestando el influjo que ejercieron en él la fuerza de la sangre y el haberse criado en el seno de una familia de artistas.

Mostró D. Pedro su atinado criterio, su buen gusto y su mucho saber en arqueología, en pintura y escultura y en las demás artes del di-

bujo, así como en la historia de dichas artes, publicando ó colaborando en la publicación de libros importantísimos que á ella se refiere. El más popular de estos libros, y sin duda el más útil para la generalidad de la gente es el *Catálogo descriptivo é histórico de los cuadros del Museo del Prado de Madrid*.

Don Pedro de Madrazo desempeñó elevados empleos, fué Consejero de Estado y escribió y nos dejó también algunos escritos sobre administración y jurisprudencia.

Tuvo asiento, como individuo de número en las tres Academias Española, de la Historia y de Bellas Artes.

Murió D. Pedro de Madrazo el día 30 de Agosto de 1898, dejando vacante en la Real Academia Española el sillón que antes de él ocupó don Antonio María Segovia, y en el que le sucedió don Emilio Cotarelo.

Las poesías de D. Pedro de Madrazo, escritas casi todas en la mocedad, son muy agradables de leer, atildadas y cultas y con cierta mística vaguedad que tal vez les presta peculiar hechizo.

Según ya dijimos en la Introducción, este hechizo adquiría más eficacia por la música con que el poeta se hacía acompañar cuando recitaba algunos de sus versos, y por la gallarda y elegante figura que el poeta tuvo cuando joven, y que no podía menos de parecer bien á las damas. La composición titulada *Las tres hermanas del cielo*, que insertamos en esta obra, es una buena muestra de la primorosa cultura de D. Pedro

de Madrazo y de su talento poético, á mi ver har-to menos estimado de lo que merece por el Padre Blanco García.

---

**Don Mariano Roca de Togores**, *Marqués de Molins*, tercer hijo de los Condes de Pinohermoso, nació en Albacete el día 17 de Agosto de 1812.

Se educó en Madrid en el colegio de San Mateo, dirigido por D. Alberto Lista. Favorecido por su ilustre cuna, por su esmerada educación y por su aptitud y notable despejo, se distinguió y brilló desde muy temprano en la política y en la amena literatura.

Orador elegante y disertó, liberal siempre aunque sosteniendo doctrinas conservadoras y propendiendo á conciliar ó á fundir con su liberalismo sus vivos sentimientos aristocráticos y religiosos, alcanzó notoriedad y crédito en el Congreso y en el Senado, y obtuvo y desempeñó los más altos empleos. Fué varias veces Ministro de la Corona y representó á España como Embajador en París y en el Vaticano.

Sus estudios y merecimientos literarios le conquistaron no menores premios, honores y distinciones, pudiendo considerarse, como una de las más estimadas, el haber sido Director de la Real Academia Española.

El Marqués de Molins murió en Lequeitio el día 4 de Septiembre de 1889.

Las obras que el Marqués ha dejado escritas han sido discreta y justamente celebradas por el Padre Blanco García, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo y por otros críticos de nota.

También nosotros hemos dado nuestro parecer sobre ellas en la Introducción de este FLORILEGIO y poco nos queda que añadir ahora.

El Marqués más que como poeta lírico, merece aplausos como dramaturgo, como poeta épico ó dígase autor de leyendas y romances y como atildado y discreto prosista.

De su valer como dramaturgo da claro testimonio su hermoso drama *Doña María de Molina* en el que compite con el maestro Tirso, tratando el asunto de *La prudencia en la mujer* con el gusto y las ideas de nuestra edad, aunque ciñéndose mucho más á la verdad histórica que Tirso mismo.

Los escritos en prosa del Marqués de Molins, son muy estimables por su discreción y atildamiento, y por la eficaz y atinada diligencia con que el autor reúne noticias y averigua y aclara los hechos.

Sus más conocidas y mejores obras de esta clase son: *La vida de Bretón de los Herreros*, *La Manchega* y *La sepultura de Miguel de Cervantes*. Pero, á mi ver, lo que más vale, lo que durara más, honrando la memoria y el nombre del Marqués de Molins como literato y como poeta, son sus lindísimos romances.

---

**Don Jaime Balmes** entra en este FLORILEGIO en el número de los poetas, no ya porque los versos que compuso aumenten la alta fama de que goza, sino para mayor honra de la misma poesía, que bien puede ufanarse de contar á tan ilustre personaje entre sus enamorados y humildes cultivadores.

Los versos que de Balmes publicamos están mejor sentidos que expresados, haciéndonos entrever el tesoro de poesía que encerraba su alma, sin que llegara á manifestarse con lucidez completa por la poca maestría en el manejo de la palabra rítmica.

La vida de Balmes fué por desgracia muy corta. Tal vez hubo de abreviarla la devorante actividad de su espíritu.

Nació Balmes en Vich el día 28 de Agosto de 1810 y murió en la misma ciudad el 10 de Febrero de 1848. No llegó, pues, á cumplir 38 años.

Muy de admirar es la multitud de cosas que aprendió en tan corto tiempo y lo bien que acertó luego á enseñarlas y á difundirlas, poniendo antes en ellas el sello indeleble de su propia personalidad. Fué Balmes, buen matemático, teólogo, filósofo, sabidor de historia, de leyes y de política y bastante versado en la bella literatura.

Hasta llegar á los treinta años puede asegurarse que fué más lo que aprendió que lo que enseñó paladinamente, con la resonancia y el influjo que sus elevadas prendas le conquistaron. Sin duda, si Balmes hubiera vivido más ó no

hubiera dirigido su mente en tantas direcciones, ni hubiera consumido su esfuerzo en tan distintos trabajos, su gloria hubiera sido mucho mayor y sin jactancia pudiéramos hoy colocarle entre los más grandes filósofos que durante el siglo XIX ha habido en Europa. Acaso le faltó para filosofar la premeditación honda, persistente y sosegada: el no distraerse en otros mil negocios y menesteres que podemos calificar de menor cuantía.

Aunque para medir la altura filosófica de Balmes me reconozco incompetente é inhábil, y aunque es imposible además cifrar en esta breve nota las razones que pueda haber para formar juicio, indicaré algo aquí del juicio que han formado personas entendidas más que imparciales entusiastas por patriotismo y fervor religioso, según de sus palabras, si no se ve con claridad se trasluce. Menéndez y Pelayo dice: «Balmes, el hombre de la severa razón y del método, sin brillo de estilo pero con el peso ingente de la certidumbre sistemática, ha comenzado la restauración de la filosofía española, que parecía hundida para siempre en el lodazal sensualista del siglo pasado, ha renovado la savia del árbol de nuestra cultura con jugo de nuevas ideas, ha pensado por su cuenta en tiempos en que nadie pensaba ni por la suya ni por la ajena, ha mirado el primero frente á frente los sistemas de fuera, ha puesto mano en la restauración de la escolástica llevada luego á dichoso término por otros pensadores, y ha popularizado más que

otro alguno las ciencias especulativas en España, haciéndolas gustar á innumerables gentes y desarrollando en ellas el germen de la curiosidad, punto de arranque para todo adelanto científico.»

Extraordinario es el anterior elogio, pero, al leerle, la filosofía fundamental de Balmes nos aparece como monumento, cuya elevación, más que absoluta, es relativa, ya que depende de que alrededor de dicho monumento sólo hay chozas mezquinas, lodazal, yermo inculto y carencia absoluta de algo que arraigue en nuestro suelo y que no venga de fuera.

El Padre Zeferino González, al hablar del edificio filosófico de Balmes, no arrasa tanto en torno de este edificio el campo agostado y seco de la filosofía española. Balmes no surge con sus libros, en medio de un desierto y sin ningún precedente. A pesar del sensualismo y del enciclopedismo del siglo XVIII y á pesar del eclecticismo y de otras importaciones malsanas, la filosofía católica no había dejado de cultivarse en España, según el Padre Zeferino. Persistía floreciente en las escuelas eclesiásticas y la habían divulgado entre los profanos «los escritos del portugués Padre Almeida, las excelentes obras del Padre Zeballos y más tarde las *Cartas críticas* y las *Cartas aristotélicas* del Padre Alvarado, ó sea el *Filósofo rancio*».

Declara además el Padre Zeferino, que Balmes no es un filósofo original con la originalidad usada en nuestros días, ó dígase que no ha creado un sistema. Claro está que no se expone á

errar quien no aspira, que no se ahoga quien para nadar no se arroja al agua, y que si Icaro no hubiese intentado volar no hubiera caído.

¿Pero basta á ser llamada filosofía, y filosofía fundamental nada menos, una construcción racional en que la razón no trata de coincidir y de armonizarse con la fe, ni á ella se subordina procurando antes explicársela, sino que se limita á ser instrumento dócil de su defensa?

Aun así, el mismo Padre Zeferino, si no acusa á Balmes de error, le acusa de sentar proposiciones peligrosas y resbaladizas que nos pueden inducir en error muy fácilmente.

Balmes es un filósofo escolástico; un tomista anterior al nuevo y brillante renacimiento del tomismo; pero, en no pocos puntos, se aparta de la doctrina de Santo Tomás y acepta y adopta pensamientos de Descartes, de Leibnitz y de la ideología empírica de la Escuela escocesa. De aquí el error ó la involuntaria propensión al error de que le acusa el Padre Zeferino, asegurando que para Balmes «sólo poseemos certeza racional y segura en orden á los fenómenos subjetivos; la que poseemos en orden á la realidad objetiva de las cosas distintas del yo, es certeza que se apoya en una necesidad íntima, en una inclinación instintiva de la naturaleza.

De lo dicho, infiere el Cardenal González, que en la doctrina filosófica de Balmes entran por mucho el psicologismo cartesiano y el empirismo escocés, extraños elementos que, si no inducen llevan muy cerca del error á quien los emplea.

A pesar de lo expuesto, bien se nota la sinceridad de las alabanzas que da á Balmes el Padre Zeferino.

Causa de que las alabanzas se limitaran demasiado y no fuesen mayores, hubo sin duda de ser la precipitación con que Balmes escribía. Las obras filosóficas y teológicas requieren previo y profundo meditar con bastante tiempo y reposo, y Balmes escribió en poco tiempo y excitado por sus tareas de periodista y por sus planes de hombre político, además de la *Filosofía fundamental*, la *Filosofía elemental*, *El criterio*, *El Protestantismo comparado con el catolicismo* y otros tratados y disertaciones de controversia filosófica y religiosa.

Distrajeron además su atención y consumieron las fuerzas de su poderosa inteligencia, su labor periodística en *La Civilización* y en *El Pensamiento de la Nación*, y su plan de juntar en una las dos opuestas ramas de la dinastía borbónica, á fin de dar á España la paz y la concordia que no dependían por cierto de tal fusión aunque se hubiese realizado.

Balmes fué individuo de número de la Real Academia Española, ocupando el sillón vacante por muerte del sabio prelado D. Félix Torres Amat, sillón que después de muerto Balmes, han honrado ocupándole sucesivamente, D. José Joaquín de Mora, D. Antonio de los Ríos Rosas y D. Gaspar Núñez de Arce.